

Joaquín V. González: algunas consideraciones alrededor de la idea de Nación

Herminia Solari

Introducción

Ricardo Levene califica a Joaquín V. González como "corifeo y expositor orgánico de lo que [llama] 'la teoría argentina de la patria' ..."¹. Esta cuestión, que en sus comienzos González no diferencia de la de nación, es motivo reiterado de sus preocupaciones tal como queda reflejado a simple vista en los títulos de sus publicaciones: *La tradición nacional*, *Patria*, *Patria y democracia*, "El ideal nacional", etcétera.

En *La tradición nacional* (de 1888, la primera de sus obras luego de su tesis doctoral) J.V. González ubica la tradición como fundamento de la nación. Allí se propone señalar los hitos que la marcan, aquellas instancias a partir de las cuales construir "la estrofa colosal que debe inmortalizar sus héroes"² (TN, 207); reclama un Homero, un Milton, un Ossian, pero, se queja, "Homero no viene aún"(TN, 208), sólo fragmentos hacinados se ciernen sobre América. Sin embargo, en este señalamiento él mismo va produciendo una operación transformadora estetizante: el reconocimiento de los momentos de la tradición nacional, así como el tono poético con que los reconstruye, son en sí mismo creadores. Si se pudiera separar del aspecto crítico y ensayístico, el cuadro literario que pinta la descripción de los Andes, de la conquista, de las luchas independentistas, etcétera, se estaría ya ante la epopeya que reclama.

En este trabajo intentaremos mostrar cómo diversos aspectos se entrelazan para resultar en una concepción estetizante de nación. Para ello seguiremos especialmente el desarrollo de *La tradición nacional* y lo compararemos con trabajos posteriores suyos.

Nación y tradición

La nación es, para J.V.González, "una idea colectiva" (TN, 204) que se apoya en una naturaleza e historia común. Éstas alimentan el sentimiento revolucionario del que surgen las nuevas naciones. Hasta que se configuran como tales, "hasta que las fuerzas latentes de la humanidad que palpitan en su ser, les dan forma en una entidad única, y les imprimen los impulsos que han de sostenerlos y dirigirlos en su carrera indefinida" (TN,156), se comportan como astros siguiendo "una órbita en el inmenso espacio de la historia" (TN, 156). Esta metáfora del astro es desplazada en obras posteriores por imágenes vinculadas al tradicionalismo francés³, que se relacionan con el "árbol"⁴. En suma: las naciones son un producto de la evolución histórica, la que, basada en el sentimiento que alimenta la tradición, da origen a estas nuevas entidades llamadas a cumplir un destino universal. La nación se mueve entre el pasado de la tradición y el ideal que surge de ella y la anima en su camino.

Tradición y sentimiento

El patriotismo, dirá en *Patria*, es "ese amor, esa fuerza, esa ley natural ineludible que ata al hombre a la tierra en que nace" (P, 12) convirtiéndolo en su defensor y trabajador. Pero, aunque es algo espontáneo en relación con el suelo nativo, es necesario que desde las primeras hasta las últimas instancias educativas se ocupen de no abandonar su enseñanza. Esta obra, aunque fue aprobada por la Dirección y Consejo General de Educación de la Provincia de Buenos Aires para servir de texto de lectura en los tres últimos años de las escuelas comunes, parece ser más que una lectura indicada para niños de entre diez y doce años, una reflexión dirigida a autoridades y docentes para que se preocupen por generar en ellos el sentimiento patriótico. Esta apelación al trabajo sobre el sentimiento como instancia constitutiva de la nación había sido tratada, pero en relación con el papel de la tradición, con anterioridad.

En *La tradición nacional* había sostenido que no hay nación sin el cultivo del sentimiento patriótico, ya que por él, el pueblo es capaz de moverse no sólo

para la defensa nacional sino también para la constitución misma de aquella. De aquí el papel fundamental de la tradición ya que no es en "el lenguaje de las academias sino en el lenguaje candente de las glorias, de las batallas y de los martirios de nuestros héroes" (TN, 59) que es posible afirmar en el corazón del pueblo la nacionalidad. El que González se ocupe precisamente de la tradición, hace que resulte reforzada la insistencia en el papel del sentimiento. Del mismo modo que años más tarde, en "Hombres e ideas educadores" se ocuparía de la distinción entre 'Patriotismo verbal y patriotismo real' advirtiendo sobre los demagogos, aventureros, ambiciosos y aduladores que alejan de la realización plena de la república, en *La tradición nacional* se ocupó de marcar la necesidad de desconfiar "de ese patriotismo convencional que se adquiere con el cerebro y no reside en el fondo del alma como un elemento de la vida, porque en los momentos de prueba, cuando se necesita la sangre expiatoria, suele enmudecer como las tumbas ..." (TN, 182).

En *Patria* se lee el reclamo de un festejo vital de los acontecimientos patrios: mientras colectividades de inmigrantes recuerdan con alegría las fechas claves de sus respectivos países de origen, "nuestras fiestas patrias tienen algo de los salones de gente advenediza, donde todo es estiramiento y rigidez, y donde nadie se atreve a reír, de miedo de ofender el buen tono y de arrugar demasiado la polvorosa piel..." (P, 81), a la vez que sueña con ver en el día de la patria el flamear de banderas celeste y blanco matizadas con los colores de las extranjeras asociadas al regocijo (cfr. P, 87).

Sin embargo el sentimiento por sí solo no alcanza, debe ser educado por la inteligencia para conformar la virtud patriótica: "El patriotismo es una virtud, y como todas las virtudes, debe ser un sentimiento educado y dirigido por la inteligencia; y es de ese equilibrio entre la facultad sensitiva y la intelectual que nacen las grandes obras que fundan las nacionalidades y forman la sucesión brillante de glorias que un pueblo venera y santifica" (TN, 182). Hay en J.V.González un juego constante entre lo universal y lo particular, entre el sentimiento y la razón, entre el pasado y el futuro que permiten ubicarlo fuera de toda clasificación fácil. Según Ricardo Levene su argentinismo "le preservó de la ligereza de esos hombres eminentes, que procedieron por imitación extranjera, haciendo con ideas prestadas las más deleznable combinaciones"⁵; pero también podríamos agregar que su visión universalista no permite interpretarlo desde una perspectiva autoctonista reducida y aislante.

Tradición, poesía e historia

"La tradición es el eco del espíritu y del corazón de la sociedad" (TN, 298). Es la tradición popular la que nuclea el espíritu colectivo y le da su punto de apoyo (cfr. TN, 31) ya que ni la filosofía ni la historia son capaces de reflejar el color, el calor y el detalle que perpetúa la leyenda popular. La historia "recoge después", la filosofía "analiza" y la política "dirige y encauza en una corriente común" (TN, 30) lo que la tradición oral y los poetas populares elaboran, que no es ni más ni menos que el "alma" de los pueblos nutrida por la geografía y la vida comunes. Esta tradición nace "espontáneamente del carácter de una raza, de un pueblo, de una familia, en el transcurso de su vida social y doméstica" (TN, 99); la geografía le da su carácter y los acontecimientos la moldean.

Aunque, señala González, la tradición se emparenta tanto con la historia como con la poesía, constituye un género independiente con características y funciones propias: "La tradición es un género especialísimo de composición, que no tiene de la historia sino el marco [... y...] ella se aproxima a la poesía tanto, que podemos decir que son hermanas..." (TN, 98/9). La tradición mantiene el colorido y las imágenes que los historiadores "con el criterio positivo del cronista o del filósofo, y no con el criterio estético del artista" (TN, 98) abandonan al recoger los hechos del pasado. Asimismo, la tradición mantiene la "unidad del drama social" (TN, 31) perpetuándose oralmente; sólo cuando aparecen "los rapsodistas -esos Homeros de todos los tiempos,- las convierten en *poemas*" (TN, 30); una literatura tradicional, que se nutra del recuerdo colectivo, es lo que anhela González para afianzar la nacionalidad. La memoria de los hechos humanos y sociales de tiempos pasados la acerca a la historia, y la fantasía, "que rodea como una aureola de luces y perfumes los acontecimientos de la vida de las sociedades en infancia" (TN, 125), la hace tributaria de la poesía.

González sostiene que sólo los historiadores se ocuparon de los motivos de la tradición, pero al hacerlo los despojaron de las "íntimas palpitations de la raza, de la familia en su evolución sociológica" (TN, 125). Sin embargo, aunque es función del historiador trazar los grandes lineamientos del desenvolvimiento cultural (cfr. TN, 98), es importante que no prescinda de los aspectos característicos que le aporta la tradición: 'Así, la tradición se convierte en ayuda poderosa del historiador mismo, porque le presentan en hacinamiento animado y sistemático, si se quiere, los múltiples elementos del juicio sintético que ha de llevarle a la verdad' (TN, 181). Tal como expresamente afirma González, la poesía y la tradición son auxiliares de la historia⁶; y esto es posible porque la tradición, aunque tiene sus raíces en el sentimiento y el corazón del pueblo, no carece de verdad, simplemente la adorna. En cambio, la historia queda

inquebrantablemente atada a su yugo en la medida que busca el retrato de los hechos positivos (cfr. *TN*, 239). En suma: en ambas está presente la verdad, difieren en el modo de mostrarla.

Por otra parte, tradición e historia quedan unidas por la función moralizadora de ambas. La poesía épica "viene a llenar los mundos ideales del cerebro, y a completar en el sentimiento la unidad nacional que la historia ha formado en las inteligencias y en las instituciones" (*TN*, 177). La tradición, en la medida en que, tal como la entiende González, no implica la atadura al pasado sino más bien el reconocimiento y canto de lo propio, alienta las transformaciones que ubican a las naciones en la evolución universal, precipitando las convulsiones que dan a luz un pueblo nuevo: "Los pueblos que han arrullado su infancia con la poesía han tenido la revelación de la libertad" (*TN*, 155). Asimismo, la tradición permite elevar el ideal que levanta el sentimiento argentino más allá de las corrientes materialistas sembrando "en los corazones infantiles la religión de la patria" (*TN*, 189).

Vertientes y etapas de la tradición

Según marca González en *La tradición nacional*, tres grandes momentos se levantan en los orígenes de la historia nacional para ser cantados: el imperio indígena, la conquista, la emancipación. Una cuarta instancia la marca "la edad media argentina" (*TN*, 269): la época de Rosas y los caudillos. Finalizado este momento aparece el siguiente paso de la epopeya de la libertad argentina: "el poeta nacional, va a salir al fin del 'Infierno' [dantesco], y va a cantar los héroes y la belleza de la libertad" (*TN*, 341).

Estas etapas son recorridas por González para ir marcando los aspectos dignos de la inspiración del poeta así como para elaborarlos crítica y estéticamente él mismo. En este desarrollo son diversos sus motivos tanto de evocación como de reflexión y van desde la geografía a la literatura, desde los grandes movimientos históricos a detalles de las vidas de individualidades: la tierra nativa y sus primitivos pobladores, las aventuras de la conquista, los misterios y martirios de la religión, la vida monástica de los jesuitas, el diablo, la fundación de ciudades, los Andes, el cóndor, la campaña del Norte y la trasandina, las campañas marítimas, la vida de héroes como Belgrano, Güemes y especialmente San Martín pueblan, entre otros temas, las páginas de *La tradición nacional*. En esta presentación no queda atado a un pintoresquismo local sino que permanentemente parangona lo local con lo universal. Así, los misterios de los jesuitas aparecen comparados con la mitología germánica, la vida monástica de estas tierras con las historias

medievales europeas, las transformaciones de la idea de Satanás al ser impuesto a los indígenas con las de Baco al ir migrando de pueblo en pueblo, las batallas de los héroes nacionales con las de Leónidas, Aníbal o el Cid, Rosas con Nerón y Facundo con Macbeth, etcétera. Tal vez, por el amor a sus montañas, tal vez porque en ellas sintetiza los grandes momentos de la conformación patria, aparece destacada la exaltación andina y su comparación: "El pensamiento humano no concebirá jamás otra epopeya mientras no se cante la leyenda de los Andes. Como el Cáucaso dio a Esquilo la colosal trilogía de Prometeo, el futuro poeta americano hallará en las cumbres andinas una trilogía épica tan grande como aquella, cantando las tres épocas en que han recorrido sus laderas tres naciones, tres civilizaciones, tres categorías de héroes" (TN, 75). Al Prometeo conductor del fuego celeste corresponde la creación legendaria de los primeros dioses americanos; al Prometeo encadenado, la destrucción de una "raza virgen y heroica", y en San Martín se contempla al "nuevo Prometeo libertado" (TN, 75/6).

En *Patria* presentará para su reconocimiento un momento de la historia nacional que no recogió en *La tradición nacional*: el congreso de 1816 y especialmente la figura de Fray Justo Santa María de Oro. Verá en esos congresales el apego a la tierra más que a las ideas de la revolución francesa (cfr. P, 106 Y 122) Y en consonancia con la nación fundada por ellos, una república democrática, libre y poderosa moral y materialmente (cfr. P, 95) Propone revisar lo que haya que revisar en la legislación vigente "porque al fin la vida de los pueblos es eterna, y es absurdo sacrificar la gloria de la Patria en el futuro, al convencionalismo de respetar las cosas existentes sólo porque existen, y de no derribar falsas creencias, principios errados o hábitos mal adquiridos"(P, 99).

Esteticismo y nación

La transfiguración estetizante

En *La tradición nacional* González intenta la definición de una identidad argentina a partir del reconocimiento de las culturas precolombinas, que si bien no es exclusividad suya entre sus contemporáneos, implica una reivindicación indígena particular que importa reconocer, como ya hizo Hugo Biagini, para romper con la visión uniforme de los hombres de su generación⁷. Sin embargo, aun allí, aunque González exalta en la raza indígena su libertad natural así como también su heroicidad, y no deja de considerarla despojada y anulada, los nativos no dejan de ser vistos como una raza inferior. Del mismo modo aunque no deja de

señalar el carácter invasor, cruel y violento de la conquista, ni le niega "codicia aventurera" (TN, 81), la explica por la superioridad europea y las leyes de la evolución y la exalta en su carácter heroico. Así, el drama real de la conquista, teñido de ferocidad mutua, vale en tanto sublimación épica. Parece producirse una operación justificatoria a partir de la transformación estética de la conquista como fuente de la tradición: "Cualquiera que pueda ser el juicio de la historia sobre los hechos generales de la conquista, en su relación con la moral y justicia humanas, la poesía exaltará los nombres de esos soldados que conquistaron su gloria con su sacrificio, y la tradición americana perpetuará sus triunfos y sus desgracias rodeados con todo el encanto de lo extraordinario y de lo sublime..." (TN, 82). Mientras Renan consideraba que "el olvido, y [...] el error histórico, son factores esenciales en la creación de una nación"⁸, aludiendo con ello al opacamiento de la brutalidad con que habitualmente se consumó la unidad en las diversas naciones, González parece preferir un camino aún más espiritualizante que el del francés: la transfiguración literaria de la tradición.

Igual camino recorre la conquista espiritual: la leyenda de sus martirios merece ser perpetuada no sólo dentro de la iglesia "sino por la musa profana" (TN, 83). La tradición debe reflotar lo milagroso/maravilloso de su pasado, por un lado para adquirir vuelo poético y, por el otro, para debilitar el propagandismo religioso que ha logrado anidar en la población nativa en el modo de una sugestión religiosa pasiva y alejada de los progresos sociales (cfr. TN, 10112). Del mismo modo que en la conquista armada el carácter épico emerge como constitutivo de la tradición, en la conquista espiritual lo maravilloso/poético es rescatado para ella. Y así como fue crítico con la conquista militar, también lo es con la espiritual: los jesuitas actuaron en función de su interés con fines de dominación, con ellos la acción propagandística toma nueva dirección y nuevos bríos, etcétera.

Las leyes estéticas de la historia

Pero, el esteticismo que aparece en la primera de sus grandes obras, no sólo se manifiesta en su propuesta para la elaboración de la tradición que soporte la nación, sino también en el modo de explicar el funcionamiento social. El equilibrio social está dirigido por leyes estéticas; en la medida que éstas rijan el funcionamiento social bajo el principio de la armonía y la mesura, el cuerpo social se desenvolverá sin conflictos. Las "leyes supremas de la estética [...] presiden todas las evoluciones humanas" (TN, 250); si se pierde la armonía, el equilibrio, se desatan los enfrentamientos, los despotismos, la violencia revolucionaria. Esto explica la división y luchas intestinas: a partir de una "fatalidad de origen", la doble herencia de razas, surgieron los conflictos

internos "provocados por la mala dirección impresa desde el centro del gobierno" (7N, 253), que en función de ambiciones, rivalidades, intrigas, se alejó de las leyes que presiden la vida de los hombres.

Esa "secreta ley estética [es la que] favorece a Facundo en el concepto de la posteridad" (TN, 324) ya que al ser violada ella por la traición que lo asesinó sin combate, la imagen de odio y temor con que Facundo se había impuesto en el corazón del pueblo, quedó revertida: "El sentimiento muchas veces se empeña en cubrir de flores lo que la razón ha sepultado en las hogueras del infierno..." (TN, 323).

Estos desencuentros también deben ser evocados por la tradición. No sólo las grandes acciones dignas de exaltación épica son motivo para la elaboración de la tradición, sino también "los lúgubres acentos de los oprimidos, los aullidos de las pasiones desenfundadas, los gemidos de dolor, los fantasmas ensangrentados de los verdugos y de los tiranos" (TN, 260). Joaquín V. González reclama a las nuevas generaciones, embriagadas por el desarrollo del progreso, que no interrumpan la tradición patria porque "nada hay que estreche más los vínculos fraternales entre los hombres como el recuerdo de una desgracia común" (TN, 263).

La idea de las leyes históricas será remarcada en *El juicio del siglo*. En esta obra indica que el análisis científico de la historia debe apuntar al estudio de las leyes sociales, las que amplían aquí su espectro hasta, por ejemplo, los caracteres étnicos y territoriales, perdurando todavía la cuestión de la armonía de los hombres en los términos de origen de "la ley infalible del progreso y la libertad" (JS, 81).

Conclusiones: Esteticismo y sociabilidad

Además de analizar y elaborar la realidad en términos estéticos, en *La tradición nacional*, presenta pantallazos propios, sin mayores desarrollos, acerca del arte en general (cfr. TN, 135) o fenómenos artísticos en particular como la tragedia (cfr. TN, 30112), más allá de los comentarios que permanentemente le suscitan distintas creaciones literarias. Esto no es accesorio sino que se inserta dentro de la impronta poética que marca esta obra. Por eso, tal vez más que señalar, como hizo Daría Roldán, que el recorrido de J.V.González comienza con "las Certezas del Pasado -la historia"⁹ podría pensarse que se trata de una idealización estética del pasado: "Todos los pueblos de la tierra sienten la necesidad de sublimizar una época de la historia, y ésta es aquella en que fundaron su nacionalidad" (7N, 178); ésta es la tarea que él prescribe y que él emprende.

Pero, si bien el enfoque estetizante no parece continuarse en obras posteriores ¹⁰, ya desde *La tradición nacional* se encuentra presente un planteo que sí perdurará: en la línea de Montesquieu, González entendía la democracia más que como forma de gobierno, como forma de organización social. Si la política se deriva de ella, es lógica su preocupación por las expresiones del "alma colectiva" y el rastreo de las distintas instancias en que se manifiesta. De allí su insistencia en el cultivo de la tradición, "culto tan sagrado como el de la religión" (TN, 178) que no implica, sin embargo, el anhelo de un pasado perdido, la vuelta atrás que rechaza el desarrollo, como ya se señaló anteriormente, sino que apunta a la fundación de las bases sobre las que la nación encuentre un lugar de apoyo para seguir su camino en la evolución universal. En este camino, y siguiendo la línea sociológica a que hacemos referencia, González insitirá más adelante en el papel de la educación. El problema fundamental después de sancionada la constitución, expresará en *El juicio del siglo*, en tanto el régimen adoptado es de carácter republicano y democrático basado en la voluntad popular, es el de la educación (cfr. JS, 103 y ss.). En ella verá el instrumento de transformación democrática, la posibilidad de convertir la "fatal ley de la discordia" facciosa, base de la constitución nacional, en "la ley social del porvenir" apoyada en el amor y la tolerancia (cfr. JS, 60/1).

Desde esta perspectiva, *La tradición nacional* no sólo es un estudio literario o de literatura, sino, como marcó Roldán, un análisis de las raíces del quehacer político.

Notas

1 Levene, R.: "Ideas sociales y directrices de Joaquín V. González", prólogo a las *Obras completas* de J. V. González, volumen 1, Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, 1935.

2 De aquí en más las referencias de las citas de Joaquín V. González hechas en el texto serán indicadas inmediatamente después de éstas, con las abreviaturas de los títulos de sus obras entre paréntesis y seguidas del número de página correspondiente a la edición que se indica en el siguiente detalle:

JS: *El juicio del siglo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979.

P: *Patria*, Buenos Aires, Cabut y Cía. Editores, 1908.

PB: *La patria blanca*, en *Obras completas* (OCNG), Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1935, vol. XXI.

TN: *La tradición nacional*, OCJVG, vol. XVII.

3 Cfr. Touchard, J.: *Historia de las ideas políticas*, Madrid, Tecnos, 1964, pp.415/6.

4 En *Patria*: "retoño robusto del árbol centenario" p. 28; "ramaje nuevo [del] tronco centenario" p.15; "árbol nuevo de la libertad republicana" p.145; en *El juicio del siglo*: "gigantescos olivos, ombúes o encinas" p. 16

5 Levene, R.: *op. cit.* P. 96.

6 En *TN*, p.34 González dice: "La poesía como manifestación primitiva del espíritu, y la tradición como esbozo primitivo de la historia, son las fuentes donde la inteligencia que analiza va a beber los elementos de la obra reveladora".

7 Cfr. Biagini, H.: *La generación del ochenta*, Buenos Aires, Losada, 1995 Cfr. Renan,

8 E.: *¿Qué es una nación?*, Buenos Aires, Elevación, 1947, p.27.

9 Roldán, D.: *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, 1993, p.22.

10 Este enfoque vuelve a aparecer fugazmente en el tratamiento del verdadero ideal nacional, al que le atribuye un carácter ético y estético; cfr. "El ideal nacional", *PB*, 255 y 258.